

le sacrifican á un vil interés, á un placer; que viven en un desprecio habitual de su ley y de sus máximas; que hacen tan poco caso de su amistad, y que temen aun menos su desgracia? Esas personas que Dios como que se ha reservado por una predileccion particular, que ha llamado al estado eclesiástico y religioso, y que le están singularmente consagradas; esas personas colmadas de beneficios, obligadas por profesion á amarle, á alabarle, á servirle, ¿le aman mucho? Si la mortificacion, si la exacta observancia de las reglas, si la devocion, si el desprendimiento de todas las cosas, si el olvido del mundo, si el fervor, son las señales y la medida del amor á Dios, ¿es Dios amado ardientemente de todas las personas religiosas? ¿Qué ingratos somos! ¿No ha hecho Dios bastante para merecer nuestro corazon, decia Moisés á todo el pueblo? ¿Son menester nuevos beneficios, nuevos milagros?

No, Dios mio, no se necesita mas; habeis hecho bastante para probarnos vuestro amor; pero necesito nuevas gracias para que yo dé pruebas del mio.

JACULATORIAS. — Yo os amaré, Señor, á vos que sois mi fortaleza: esto es hecho; yo os amaré porque cuento con vuestra gracia y con vuestro auxilio. (*Psalm. 17.*)

Abrasadme con el divino fuego de que el Espiritu Santo es la fuente: haced que mi corazon sea todo inflamado con él. (*Psalm. 25.*)

PROPOSITOS.

1 Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu espíritu, con todas tus fuerzas; este es el primer mandamiento y la base de todos los demás; no cumplirle es violar toda la ley; no hay salvacion para quien no guarda este precepto: sin que nos detengamos ahora en averiguar si hay muchos aun entre los mismos que hacen profesion de llevar una vida mas regular que le guarden, ¿podemos decir como el jóven del Evangelio: *Yo he guardado todo esto desde mi juventud; ó como S. Pedro: Vos sabeis, Señor, que os amo?* Preguntémosnos á nosotros mismos, examinémosnos, y si no podemos darnos con verdad una respuesta semejante, veamos delante de Dios si debemos estar tranquilos sobre el negocio de nuestra salvacion.

2 Dios nos demuestra su amor por sus beneficios; probémosle el nuestro con nuestras buenas obras y, por decirlo así, con nuestro servicio. Si hemos recibido el Espiritu Santo, estaremos

abrasados con el fuego del divino amor, y nuestro amor se manifestará por nuestras obras; tengamos el consuelo de ver que amamos á Dios, amando á los pobres. Visitemos durante estas fiestas á los pobres en los hospitales y en las cárceles: Dios nos ha colmado de sus dones, dándonos su Espiritu Santo; seamos pues nosotros generosos con los pobres. Guardémosnos mucho de pasar estas fiestas en partidas de placer ó en el campo. El espíritu del mundo, el demonio es el que ha introducido los abusos irreligiosos y chocantes de ir á pasar en el campo las fiestas de Pentecostes para hacer inútiles, para sofocar los dones del Espiritu Santo, que pudiéramos haber recibido en esta gran solemnidad. Pasemos estos tres dias en el pueblo, empleados en la oracion y en los ejercicios de las buenas obras. Asistamos á los officios de la Iglesia, y sea nuestra devocion una prueba de que hemos recibido el Espiritu Santo.

DIA TERCERO DE PENTECOSTES.

COMO las tres fiestas de Pentecostes no son mas que una misma solemnidad y una misma fiesta, el officio de la Iglesia en estos tres dias se dirige siempre á un mismo fin, que es el conducir los fieles á que bendigan al Señor, y á que le den gracias por el don insigne que nos ha hecho enviándonos el Espiritu Santo, este poderoso consolador de las almas fieles, y á despertar nuestra alegría espiritual á vista de las maravillas que han acompañado este don tan señalado.

Recibid la alegría de vuestra gloria. Estas son las consoladoras palabras de que se compone el introito de la misa de este dia, por las cuales la Iglesia da una idea abreviada de todo el misterio de esta gran fiesta. *Recibid la alegría de vuestra gloria,* esto es, gustad de aquella alegría pura, aquella alegría espiritual que el Espiritu Santo ha venido á derramar en vuestro corazon, haciéndoos verdaderos discipulos de Jesucristo é hijos adoptivos del Padre celestial. Bendecid sin cesar al Padre de las misericordias, á este Dios de todo consuelo; no pareis de darle gracias, porque os ha dado al fin el Espiritu consolador, este don celestial, fuente de todos los dones; este Espiritu de sabiduría, de consejo, de luz y de fortaleza, que glorificando al Señor, os colma de una gloria que ninguna cosa puede oscurecer, y que borra toda la falsa gloria de la tierra. *No dejeis de dar gracias á Dios, que os ha llamado al reino de los cielos:* alabad á este Padre celestial que ha amado al mundo hasta el extremo de darle á su propio Hijo;

alabad á este Hijo único del Altísimo, vuestro divino Salvador; alabad al Espíritu Santo, principio del divino amor, luz de los corazones, consumador de tantas maravillas, y no ceséis de bendecir á este Dios Criador, á este Dios Salvador, á este Dios Consolador, *alleluya, alleluya, alleluya.*

Pueblo mio, escucha las instrucciones que voy á darte, presta tus oídos á mis palabras. Echase bien de ver la relacion que tiene el primer versículo del salmo 77 con la festividad de este dia, y todo este introito con el misterio. Uno de los primeros efectos de la descension del Espíritu Santo ha sido la publicacion de la nueva ley, y el fruto la observancia de esta misma ley. La ley es santa, y solo observándola se hace uno santo. Este salmo es como el compendio de la historia de los judios desde Moisés hasta David. El Profeta hace en él una contraposicion continua de la bondad de Dios con su pueblo, y de la ingratitud del mismo pueblo con Dios. Entre muchas cosas que se encubren bajo del sentido literal de este salmo, está figurado en él el reino de Jesucristo, bajo del de David; y la tribu de Judá preferida á la de Efraim, nos representa el fin del antiguo Testamento y el principio de la nueva alianza.

La Epístola de la misa de este dia hace la relacion del viaje que S. Pedro y S. Juan, enviados por los demás apóstoles, hicieron á Samaria para conferir el Espíritu Santo á los que habian recibido la palabra de Dios, y habian sido convertidos á la fe de Jesucristo por la predicacion del diácono S. Felipe.

Despues de la muerte de S. Estéban, el primero de los mártires, se levantó una furiosa persecucion contra los apóstoles y los discipulos de Jesucristo y contra toda la Iglesia. Permitió Dios esta primera tempestad para llevar la luz de la fe á los pueblos vecinos, porque hasta entonces no se habia predicado aun á Jesucristo mas que en Jerusalem, y toda la Iglesia habia estado encerrada en el lugar de su nacimiento. Creyóse, pues, que era menester dejar pasar el primer fuego de la persecucion; y disponiendo la divina Providencia todas las cosas para la gloria de Dios, inspiró á los apóstoles que permaneciesen solos en Jerusalem, y que enviasen los discipulos á la Judea y á Samaria. Fué esta la primera mision fuera de la capital, y se supo muy pronto la abundante cosecha que se recogia de esta primera semilla del Evangelio.

Habiendo bajado á Samaria Felipe, uno de los siete diaconos, comenzó á predicar allí á Jesucristo crucificado, con tan buen éxito que el pueblo, no menos hechizado de sus discursos que sorprendido de sus milagros, le seguia en tropas y le escuchaba con



placer. Muchos endemoniados quedaron libres, y los demonios forzados á salir de los cuerpos testificaban con alaridos espantosos la virtud divina de aquel en cuyo nombre eran arrojados, y su propia flaqueza é impotencia. Veíanse en toda la ciudad paralíticos curados; veíanse cojos enderezados, y que caminaban sin apoyo, y ciegos que recobraban milagrosamente la vista. Disputábase sobre quien bendeciría mas alto al Señor, y quien daría mayores señales de una alegría extraordinaria. Los mas malos se veían como forzados á tomar parte en el regocijo público. De este número fué un mágico célebre é insigne impostor, llamado Simon, que habiendo morado largo tiempo en Samaria, habia hecho creer al pueblo que él era la gran virtud de Dios; y los samaritanos infatuados y hechizados con sus sortilegios le escuchaban como un oráculo. Mas el santo diácono triunfó del ministro de Satanás. Supo tan bien desengañar á los que el encantador habia embaucado, que todos creyeron en Jesucristo, y todos recibieron el bautismo. No hubo uno, hasta el mismo mágico, que no se convirtiese; creyó y se hizo bautizar con los demás. Habiendo llegado á Jerusalem la fama de la conversion de los samaritanos, resolvieron los apóstoles que se habian quedado allí, y que querian sostener la obra del Señor, enviarles á Pedro y á Juan para afirmarles en la fe, y para arreglar todas las cosas en esta nueva Iglesia.

El principal motivo del viaje de los dos apóstoles á Samaria fué á fin de dar el Espíritu Santo, por la imposición de las manos, á los que acababan de ser bautizados, administrándoles el sacramento de la Confirmacion, lo cual S. Felipe, que no era mas que diácono, no podia hacer en razon de que este privilegio no se habia concedido mas que á los apóstoles y á sus sucesores que son los obispos. Cuando se dice que S. Pedro fué enviado por los otros apóstoles, no se ha de pensar que S. Pedro haya estado sometido á ellos, ni que ellos hayan ejercido nunca sobre él una autoridad despótica. Habiendo Jesucristo establecido á S. Pedro cabeza de la Iglesia, siempre ha sido reconocido jefe del colegio apostólico y vicario de Jesucristo; así es que siempre se le ha visto en cualidad de jefe y de principe de los apóstoles llevar en todo la palabra como tal. El es el primero que en el día de Pentecostes al salir del cenáculo anuncia públicamente á Jesucristo, y convierte á mas de tres mil personas. El es el primero que predica la fe á los gentiles, y bautiza al centurion Cornelio y á los que estaban con él que fueron las primicias del gentilismo admitido al Evangelio. Por esto la espresion fué enviado, es lo mismo que decir, le rogaron que fuese él mismo á Samaria para

dar allí el Espíritu Santo por la imposición de las manos; como si en una población ó en una comunidad se deputase al jefe para un negocio importante y honroso: no leemos que todavía hubiese ejercido esta función augusta ninguno de los apóstoles; porque se quería que la cabeza, el príncipe de los apóstoles fuese el primero que ejercitase este sagrado ministerio. Se le suplica, dice el sabio Belarmino, que se digne prestarse á aquellos que le consideran como su maestro. En esta misma manera envió la Iglesia de Antioquía á S. Pablo y S. Bernabé á Jerusalem, para que consultasen con los demás apóstoles sobre negocios importantes.

Habiendo llegado los dos santos Apóstoles á Samaria se pusieron en oración para que los samaritanos convertidos recibiesen el Espíritu Santo, porque no había aun descendido sobre ninguno de ellos, sino que solo habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesus. Cuando se dice que los samaritanos habían sido solo bautizados en nombre de nuestro Señor Jesucristo, no es decir que se les hubiese conferido el bautismo en el solo nombre del Salvador: los apóstoles no se servían de otra fórmula que la que Jesucristo les había enseñado, que era en nombre de las tres Personas divinas. Es este un modo de hablar compendiado que significa que los samaritanos no habían aun recibido el sacramento de la confirmación, y que solo habían recibido el bautismo instituido por nuestro Señor Jesucristo. Entonces les impusieron las manos, y Dios, que en aquellos primeros tiempos quería dar á conocer con señales exteriores y sensibles los misterios de la gracia, les envió bajo de una forma visible su santo Espíritu sobre todos los que habían recibido el sacramento de la confirmación. Créese que esta forma visible bajo de la cual el Espíritu Santo descendió sobre los que acababan de ser confirmados era una especie de lenguas de fuego, semejantes á las en que descendió sobre los apóstoles y los discípulos en el día de Pentecostes, si bien tal vez esto sucedió aquí con menos ruido.

La imposición de las manos de que aquí se habla, por la cual se recibe el Espíritu Santo, no siendo otra cosa que el sacramento de la confirmación, y siendo los obispos los únicos ministros ordinarios de este sacramento, pertenecía á los apóstoles, que eran obispos, y no á Felipe que no era mas que diácono, el imponerlas. La imposición de las manos es una ceremonia simbólica de que usa la Iglesia para conferir el sacramento de la confirmación y para administrar el del orden. Por el primero se recibe espíritu de fortaleza para confesar con confianza y con generosidad el

nombre de Jesucristo y todas aquellas gracias sobrenaturales, que, según la expresión de S. Cipriano, perfeccionan y concluyen, por decirlo así, al cristiano en su fe. En los primeros días de la Iglesia, Dios con la infusión del Espíritu Santo comunicaba las gracias milagrosas que son frutos suyos; ninguno recibía visiblemente el Espíritu Santo que no recibiese el don de lenguas, el don de profecía y el don de milagros. En la sucesión de los tiempos, no siendo ya necesarios los milagros, los dones han sido invisibles é interiores, siempre proporcionados á la disposición del sujeto. Por lo demás, cuando se dice que ninguno de los samaritanos bautizados había recibido todavía el Espíritu Santo, no debe esto entenderse de la gracia santificante, la cual habían recibido ya en el bautismo, sino de aquella plenitud de gracias que se comunicaban entonces visiblemente en el sacramento de la confirmación.

El Evangelio de la misa de este día refiere lo que Jesucristo ha dicho del pastor y del ladrón de las ovejas, el cual se reconoce en que este no entra por la puerta en el redil, manifestando que él mismo es la puerta por donde deben entrar el pastor legítimo y las ovejas.

Habiendo dado vista el Salvador al ciego de nacimiento, acababa de demostrar á los escribas y á los fariseos que ellos estaban también ciegos, y que su ceguera era tanto mas triste, cuanto que era mas criminal, puesto que era voluntaria. Esa ceguera voluntaria, les decía, es la que os impide el reconocerme por el Mesías, por mas que mis palabras, mis obras, mis doctrinas y mis milagros os digan tan claro que lo soy. Pero no hay peor ciego que el que está bien hallado con serlo. De este modo vosotros mismos verificais cada día mas lo que me habeis oído decir, esto es, que yo había venido para hacer manifestos los designios de la Providencia en el discernimiento de los buenos y de los malos, de los fieles y de los incrédulos, el cual debía hacerse á la venida del Mesías, á fin de que los que son ciegos vean, y los que ven se vuelvan ciegos; esto es, que los gentiles, que siempre han vivido en tinieblas, abrirán los ojos, y recibirán la luz que les iluminará, mientras que los judíos, que viven en la luz, cerrando los ojos al astro que les ilumina, caerán en las tinieblas, y no verán mas la luz. ¿Qué sirve tener la luz de las santas Escrituras, si no se quiere hacer la aplicación de ellas y se rehúsa el entenderlas? Vosotros os creéis hábiles; pero ¿de qué os sirve vuestra pretendida habilidad? ¿de qué os servirán tampoco todas vuestras luces? para hacerlos menos excusables y mas criminales. No basta estar en el redil, es menester haber entrado

en él por la puerta; cualquiera que entra en él por otro sitio, ó que fuerza la entrada, es un ladrón disfrazado ó un salteador declarado. Jesucristo es la luz del mundo, el buen pastor, la puerta por donde se entra en el redil; todos los que eran enemigos de Jesucristo, como los escribas, los malos sacerdotes, los fariseos, eran otros tantos ciegos voluntarios, malos guías, falsos pastores, mercenarios, que no se habían interesado en el redil mas que para robar, para enriquecerse y para degollar. El Salvador nos representa aquí la Iglesia como un redil, en el cual no se puede entrar sino por él, y los fieles como ovejas, de las cuales es él el verdadero y el buen pastor. Jesucristo quería dar á entender á los judíos que la sinagoga iba á ser reprobada, y que la Iglesia, de la que él mismo es la puerta, la luz y el pastor, contendría el único pueblo escogido y amado, y que así solo los que creían en él entrarían por él en este misterioso redil; y por consiguiente los fariseos (porque á ellos era á quienes hablaba el Hijo de Dios) no eran mas que intrusos, falsos pastores, ladrones y mercenarios, puesto que rehusaban creer en él. Jesucristo hace aquí el retrato, y pinta el carácter de todos los falsos doctores, que no teniendo vocación entran furtivamente y sin misión en el redil, y no son mas que intrusos que todo lo corrompen y todo lo pierden, como les sucedía á los fariseos.

El que entra por la puerta, continua el Salvador, *es el verdadero pastor*. Luego que llama le abre el portero, las ovejas oyen su voz, se reúnen en rededor de él, las acaricia, las mira con placer, y cuando es tiempo las lleva á pastar. Las llama por su nombre, las hace salir con despacio para que la confusión ó la priesa no las hiera; va delante de ellas, y anda poco á poco no sea que se cansen, ó se constipen; si alguna se descarría por poco que sea del rebaño, la llama, y ellas le siguen porque conocen su voz. El verdadero pastor dirige su voz á las ovejas, esto es, en el sentido moral, las instruye en público y en particular; las ilustra en sus dudas; las consuela en sus penas, las conduce con seguridad; y por sus cuidados y vigilancia impide que las devoren los lobos. El verdadero pastor llama á sus ovejas por sus nombres, esto es, las conoce á todas, conoce sus males, sus flaquezas, sus necesidades y á todo provee. El verdadero pastor marcha al frente del rebaño, esto es, le da ejemplo, le hace ver en sus costumbres la práctica de las verdades que predica. El Salvador ha hecho aquí el retrato de todos los verdaderos pastores, haciendo el suyo.

Pero si un extraño, prosigue, se presenta para conducirlos, lejos de seguirle huyen de él, porque no estando acostumbradas á

la voz de los extraños les temen y desconfían de ellos. Un pastor que se alejase demasiado de su rebaño, ó que descargase sobre otro el cuidado que debería tomar por sí, sería mirado como un pastor extraño. ¿Podrían sus ovejas poco acostumbradas á oírle conocer su voz? viéndole sin zelo para socorrerlas, no se unirían á él, no se curarían de seguirle, se alejarían, se extraviarían. Un padre, una madre de familia son los pastores de sus hijos; ¿qué cuenta no tendrán que dar á Dios, si los abandonasen á extraños?

Esta parábola debía haber servido de grande instrucción para los fariseos á quienes se dirigía; pero ellos no comprendían su sentido. Cuando el corazón está corrompido, el entendimiento tiene poca penetración y poca luz. El Salvador tuvo, empero, la bondad de descubrirles y de explicarles este enigma.

En verdad os digo, que yo soy la puerta del redil en donde está encerrado el rebaño del Señor. Por mí van las ovejas á su pastor. Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre sino por mí. ¿Qué es entrar por la puerta, dice S. Agustín, sino entrar por Jesucristo que ha dicho: Yo soy la puerta; y qué es entrar por Jesucristo, sino caminar sobre sus huellas, imitar su conducta, seguir sus máximas, y estar animado de su espíritu? El nombre de ovejas que conviene á los fieles, dice un sabio intérprete, les advierte que la inocencia y la docilidad deben formar su verdadero carácter, como el nombre de pastor dice á los que están honrados con él, que la vigilancia y la bondad debe constituir también el suyo.

Todos los que han venido antes que yo, que se han ingerido á conducirlos sin misión, y que han querido pasar por el Mesías prometido de Dios, *no han sido mas que salteadores y ladrones*; así es que las verdaderas ovejas no les han escuchado. No quiere decir por esto Jesucristo que no hayan tenido antes de él los judíos hombres enviados de Dios que eran sus pastores legítimos. ¿Cuántos santos patriarcas, en efecto, cuántos profetas iluminados de Dios hubo á quienes él mismo autoriza en muchos lugares! Declara solamente que los que se han atribuido la autoridad y el nombre de Mesías, como Teodas y Judas el Galileo, de quienes hace mención Gamaliel, como se dice en los Hechos de los Apóstoles, no lo eran en efecto, puesto que no tenían ninguna de las cualidades de este buen pastor, de este pastor por excelencia, bajo de cuya idea ha sido predicho el Mesías por los profetas, y del que dice el Salvador, veis la realidad en mi persona. No busquéis, pues, otro camino ni otra puerta que yo. Los que entrenen por mí, que creyeren en mí, que siguieren

mis pasos, hallarán en este camino su seguridad y su salud. *Yo soy la puerta.* La espresion es figurada, pero contiene un gran sentido; es como si dijera: Seguid enhorabuena vuestras sectas, guardad cuanto queráis vuestras tradiciones farisaicas; falsos senderos, caminos engañosos que estravian á las guías y á los que andan por ellos. La ley misma de Moisés, santa á la verdad, pues que procedía de Dios, pero pasajera é impotente, cesa hoy para dar lugar á la que yo vengo á publicar, y que es la única que conduce al término de la salvacion eterna y de la gloria. Yo soy, pues, el camino que conduce á la vida, cualquiera otro estravia y conduce á la perdicion.

Si alguno entra por mí, si cree en mí, si pone su confianza en mí, *será salvo. Que entre ó que salga, nada le faltará jamás.* El Salvador sostiene siempre la misma alegoría. Las ovejas no salen del redil sino para ir á los pastos; y cuando los pastores las vuelven á traer encuentran durante el invierno en el redil con que alimentarse. Del mismo modo que el pastor lleva sus ovejas á pastar y las vuelve al redil, así Jesucristo vela sobre la conducta de los fieles, y provee á todas sus necesidades. Entrar y salir en el estilo de la Escritura indica tambien todas las acciones de la vida: cuando uno está al servicio de un Señor tan bueno, nada hay que temer: el Salvador es un buen Padre y provee á todo. *El ladrón no viene mas que para robar, para degollar y para causar estragos.* Pinta Jesucristo aquí á los falsos profetas y falsos pastores, y en persona de estos á todos los heresiarcas, cuya doctrina está siempre emponzoñada, y que jamás han entrado en el redil por la puerta: así es que no han entrado mas que para robar, para degollar y para causar estragos. Por lo que hace á mí *yo he venido,* concluye el Salvador, *á fin de que las ovejas que mi Padre me ha dado tengan la vida,* y una vida abundante en todo género de bienes. Yo las guardaré dia y noche; yo las defenderé contra los lobos; las escogeré buenos pastos; las pondré al abrigo, y durante el calor las llevaré á las fuentes de las aguas mas puras, y nada podrá dañarlas estando continuamente á mi vista.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Adsit nobis, quæsumus, Domine, virtus Spiritus sancti: quæ et corda nostra clementer expurget, et ab omnibus tueatur adversis. Per Dominum nos-

Os suplicamos, Señor, que continuamente nos asistais con la virtud del Espíritu Santo, para que purificadas por su misericordia las manchas invisibles

trum... in unitate ejusdem Spiritus sancti Deus...

bles de nuestros corazones que demos tambien libres de todos los males de esta vida. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola está tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles, capítulo 8.

In diebus illis: Cùm audissent apostoli, qui erant Jerosolymis, quòd recepisset Samaria verbum Dei, miserunt ad eos Petrum et Joannem. Qui cùm venissent, oraverunt pro ipsis, ut acciperent Spiritum sanctum: nondum enim in quemquam illorum venerat, sed baptizati tantùm erant in nomine Domini Jesu. Tunc imponebant manus super illos, et accipiebant Spiritum sanctum.

En aquellos dias: Habiendo sabido los apóstoles que estaban en Jerusalem, que Samaria habia recibido la palabra de Dios, les enviaron á Pedro y á Juan; los que habiendo llegado allá oraron por los samaritanos, á fin de que recibiesen el Espíritu Santo, porque aun no habia descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habian sido bautizados en el nombre del Señor Jesus. Entonces imponian las manos sobre ellos, y recibian el Espíritu Santo.

« Cuando S. Felipe fué á predicar á Jesucristo á Samaria, no habia sido aun anunciado el Evangelio á los gentiles. El primero que les predicó la fe en Cesarea fué S. Pedro. Y S. Lucas asegura que los que fueron dispersos predicaron, si, la fe en todas partes, pero solo á los judíos: *Nisi solis judæis.* Mas los samaritanos aunque separados de los judíos en hábitos y en religion no eran mirados como gentiles. Esperaban el Mesias, y se tenian por descendientes de Abraham y de Jacob, admitian la circuncision, y leian las Escrituras, y por todo esto no eran considerados como gentiles. »

REFLEXIONES.

Les imponian las manos, y recibian el Espíritu Santo. Ninguna cosa demuestra mejor la necesidad del sacramento de la confirmacion ni su excelencia que este hecho. ¿Qué debe, pues, pensarse de aquellos que descuidan el recibir este sacramento? ¿y será perdonable la negligencia de los padres en este punto?

Se estraña el desarreglo de las costumbres, la licencia de los jóvenes, la flojedad que se nota en el servicio de Dios; admirase el ver tan poca fe en la tierra, el ver que esta luz pura se estingue en la mayor parte de los cristianos. ¿Se ha recibido el Espíritu Santo? ¿Cuántas gentes mueren sin haber recibido el sacramento de la confirmacion? ¿y cuántas mas todavía de las que le han recibido tienen cuidado de conservar sus frutos, que son los dones del Espíritu Santo, y una abundancia de gracias que se hace sentir siempre en aquellos que no ponen obstáculo á ellas, y que renuevan su memoria de tiempo en tiempo? Todo cristiano debe crecer espiritualmente, debe aspirar á la perfeccion de la religion cristiana; luego está obligado á ser confirmado con el santo crisma, que es el que da este acrecentamiento y esta perfeccion. Luego no hay nadie que pueda dispensarse de esta primera obligacion. Porque así como uno de los fines de la naturaleza es que todos los niños que nacen, crezcan y lleguen á una edad perfecta, no obstante que no todos lleguen siempre á ella; del mismo modo, dice el Catecismo del concilio de Trento, el designio de la Iglesia nuestra comun madre es que la gracia que hace al hombre cristiano, se perfeccione en los que ha reengendrado por el bautismo. Como, pues, esto no se hace sino por el sacramento de la confirmacion, es evidente que todos los fieles están igualmente obligados á recibirle. Y bien ¿reconocen todos esta obligacion? Muchos la ignoran porque ignoran los efectos de este sacramento. La confirmacion tiene de comun con todos los demás sacramentos, que si no encuentra algun impedimento en el que le recibe, le comunica una nueva gracia; y tiene de particular, lo que le distingue de los demás, el perfeccionar, por decirlo así, la gracia del bautismo. Siendo, pues, todos los que han sido hechos cristianos por el bautismo todavía flacos como niños recién nacidos, reciben por el sacramento de la confirmacion la fortaleza para resistir á todos los ataques del mundo y del diablo, y quedan tan plenamente confirmados en la fe, que son capaces de confesar y de glorificar altamente el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y de aquí es sin duda el habersele dado el nombre de confirmacion. Este sacramento es el que confiere aquella fortaleza que viene de lo alto, que el Salvador prometió á sus discípulos, y de la que fueron revestidos los apóstoles el dia de la descension del Espíritu Santo. La mudanza maravillosa que se hizo en ellos, se renueva en todos los que reciben el mismo don del cielo. La Iglesia ve en ella la continuacion de los verdaderos fieles. ¿Somos nosotros de este número? Consultemos nuestra generosidad, nuestra fidelidad en

materia de religion: consultemos nuestra fe, nuestra devocion, nuestro zelo; ¿de cuántos se puede decir *han sido solo bautizados, pero no ha descendido todavía sobre ellos el Espíritu Santo!*

El Evangelio de la misa es tomado del de S. Juan, cap. 10.

In illo tempore: Dixit Jesus pharisæis: Amen, amen dico vobis: qui non intrat per ostium in ovile ovium, sed ascendit aliunde, ille fur est et latro. Qui autem intrat per ostium, pastor est ovium. Huic ostiarium aperit, et oves vocem ejus audiunt, et proprias oves vocat nominatim, et educit eas. Et cum proprias oves emisit, ante eas vadit: et oves illum sequuntur, quia sciunt vocem ejus. Alienum autem non sequuntur, sed fugiunt ab eo: quia non noverunt vocem alienorum. Hoc proverbium dixit eis Jesus. Illi autem non cognoverunt quid loqueretur eis. Dixit ergo eis iterum Jesus: Amen, amen dico vobis: quia ego sum ostium ovium. Omnes quotquot venerunt, fures sunt et latrones: et non audierunt eos oves. Ego sum ostium. Per me si quis introierit, salvabitur: et ingredietur, et egredietur, et pascua inveniet. Fur non venit nisi ut furetur, et mactet et perdat. Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant.

En aquel tiempo dijo Jesus á los fariseos: En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el redil, sino que sube por otro paraje, es un saltador y un ladrón; mas el que entra por la puerta, ese es el pastor de las ovejas. A este es á quien el portero le abre, y las ovejas oyen su voz. Llama á sus propias ovejas cada una por su nombre, y las hace salir. Y cuando ha hecho salir á sus propias ovejas, marcha delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Pero al pastor que no es propio no le siguen, sino que huyen, porque no conocen la voz de los que no son sus pastores. Dijoles Jesus esta parábola, pero ellos no comprendieron lo que les decia. Por esto volvió á decirles: En verdad, en verdad os digo, que yo soy la puerta del redil: todos los que han venido son saltadores y ladrones, y las ovejas no les han escuchado. Yo soy la puerta; si alguno entra por mí, se salvará; entrará, saldrá y hallará los pastos. El ladrón no viene sino para robar, para degollar y para hacer estragos. Yo he venido á fin de que tengan la vida, y de que la tengan abundantemente.

MEDITACION.

Sobre los dones y los frutos del Espíritu Santo

PUNTO PRIMERO. — Considera que el Espíritu Santo es la fuente de todos los dones celestiales; no hay pues que admirarse si los que le reciben están llenos de ellos. No es posible que descienda á una alma, sin que la enriquezca con sus dones mas preciosos. Acompañanle sus tesoros, y así como el fuego no puede separarse de su luz y de su calor, así tampoco el Espíritu Santo puede venir á un corazón, sin que el alma quede toda iluminada y abrasada. De aquí aquella claridad, aquella luz pura, aquella inteligencia tan viva, tan estensa de que fueron dotados todos los discípulos el día de Pentecostes. Aquellos hombres tan groseros, aquellos genios tan materiales y tan limitados, aquellos espíritus tan duros y tan indóciles, se convierten en un instante en oráculos de todo el universo, doctores de las naciones y la luz del mundo. Nada se resiste á su penetración: oscuridad de las profecías, sutilezas de la sabiduría humana, sofismas de las escuelas, la impenetrabilidad misma del corazón humano; todo se desenvuelve á su espíritu, todo cede á la vivacidad, á la estension de sus conocimientos. Su sabiduría corresponde á sus luces; no hubo puede ser nunca gentes mas sabias ni mas eruditas. Su valor no cede ni á su penetración ni á su ciencia. Aquellos hombres tan tímidos, aquellos corazones naturalmente cobardes y embrutecidos, no bien han recibido el Espíritu Santo, cuando se encuentran revestidos de la fortaleza de lo alto y animados de una magnanimidad desconocida á todos los pretendidos héroes de la historia. Intrépidos delante de los tribunales y en medio de los mas grandes peligros, los suplicios mas crueles, el fuego, el hierro, las torturas y los potros, ninguna cosa puede inmutar su ánimo. Su fe es superior á todos los artificios del infierno, y su amor á Jesucristo es inalterable é invencible. Los frutos corresponden á estos dones maravillosos, véase la conversión de todo el universo: ¡qué de pueblos convertidos á la fe, qué de naciones bárbaras conquistadas para Jesucristo, qué inmenso país sometido al Evangelio! todo esto pueden unos pescadores, unos hombres simples, llenos del Espíritu Santo; tales son los frutos de todos sus dones, y lo mismo deberian ser todos los fieles; ¿y qué es lo que impide que no lo seamos?

PUNTO SEGUNDO. — Considera en qué consiste que nosotros no

esperitemos los mismos efectos y que no recibamos los mismos dones, sobre todo en los días privilegiados en que el Espíritu Santo desciende sobre los fieles. El no es menos rico ni menos liberal; ¿en qué consiste que nosotros somos siempre pobres? ¿Qué se hubiese pensado y qué se hubiese dicho, si habiendo descendido el Espíritu Santo sobre los fieles que estaban reunidos en el cenáculo, hubiese habido algunos escluidos de sus dones? ¿Qué se hubiera pensado de aquellos pobres discípulos, si mientras que los otros tenían el don de lenguas y entendían á todos los pueblos de las diferentes naciones que allí había, y eran igualmente entendidos de ellos, hubiesen permanecido mudos y no hubieran podido hacerse entender? ¿Si cuando los apóstoles mudados, por decirlo así, en otros hombres, predicaban á Jesucristo con tanta intrepidez, ellos hubieran tenido miedo de manifestarse y no hubiesen tenido un valor semejante? en fin, ¿si tan cobardes y tan imperfectos como antes se hubiesen ocultado y no hubiesen llevado despues una vida mas regular ni mas fervorosa que la que habían tenido antes de Pentecostes? ¡Buen Dios! ¡cuánto debe estremecernos esta reflexion á vista de nuestra poca devoción! Si despues de estas grandes solemnidades; si despues de todas estas grandes fiestas nos hallamos tan indevotos; si las pasiones no han perdido nada de su vivacidad; si el espíritu del mundo ejerce siempre sobre nosotros el mismo imperio; ¿podemos creer que hemos recibido el Espíritu Santo? ¿Es el legítimo Pastor el que ha entrado en el redil? ¿oímos su voz? ¿la seguimos? ¿le tenemos por conductor y guía? ¿Qué se puede pensar de esas personas tan flojas en el servicio de Dios, tan inclinadas y como arrastradas al placer, tan poco movidas de las verdades de nuestra religion, tan débiles en las ocasiones mas insignificantes, tan sujetas siempre á los mismos vicios? Sordos á la voz de Dios y sordos tambien á la de la conciencia, ¿dónde están en ellas los frutos del Espíritu Santo? y si este divino Espíritu no ha venido á nuestro corazón en estas fiestas, ¿cuándo le recibiremos? ¿Es posible que no nos asuste un estado tan peligroso, y que se pase toda la vida en una seguridad tan lastimosa?

No permitais, Salvador divino, que yo permanezca mucho tiempo en este miserable estado. Dadme á conocer todo su peligro con tal viveza que no pasen estas fiestas sin que esperimente los dulces efectos de vuestra gracia, y que no esté mucho tiempo privado de vuestros dones.

JACULATORIAS. — Concedednos, Señor, vuestro Espíritu Santo,

y muy pronto quedará convertido en otro hombre. (*Psalm. 103.*)

Dadme, Dios mío, la pureza de corazón tan necesaria para recibir vuestro Espíritu Santo y para experimentar todos sus dones. (*Psalm. 50.*)

PROPOSITOS.

1 Imaginanse muchos que todo está hecho con abstenerse de toda obra servil durante las fiestas. Esto no es mas que la menor de nuestras obligaciones en ellas. Hemos faltado al principal de nuestros deberes, cuando estas grandes solemnidades no producen en nosotros mas que una cesacion del trabajo. No pasemos pues la de Pentecostes sin tener parte en los dones del Espíritu Santo, sobre todo en el don de consejo, de fervor, de ánimo y de fortaleza. Pertrechémonos contra los artificios del demonio en estos tiempos de relajacion: cuidemos mucho de que en lugar de ver acabar con las fiestas nuestra devocion, se haga cada dia mas generosa y mas ferviente, y estemos alerta mas que nunca contra las tentaciones.

2 El demonio nada omitió despues de las mas grandes solemnidades de la Iglesia para hacernos perder todo el fruto de ellas. Tomemos hoy una resolucion decidida de ser mas religiosos y mas devotos que lo hemos sido antes de las fiestas. Las primeras ocasiones son siempre críticas. Declarémonos desde luego por la virtud. Toda condescendencia con el espíritu del mundo es perniciosa al alma. Toda esta octava es una fiesta continuada; arreglemos desde este dia todos nuestros ejercicios de religion y seamos muy exactos en ellos. No dejemos de visitar todos los dias por la tarde al Santísimo Sacramento, y decir allí las letanias de la santísima Virgen y el *Veni Creator*.

LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

La fiesta de la santísima y adorable Trinidad es el fin y la consumacion de todas las fiestas. Como el objeto principal y primitivo de todo el culto que tributamos á Dios es la adorable Trinidad, un solo Dios en tres personas, es evidente que no hay fiestas en la religion cristiana que no sean verdaderamente fiestas de la santísima Trinidad, puesto que todo lo que se honra en ella, sea en los santos, sea en Jesucristo mismo en su humanidad, no debe servir mas que de medios para honrar á la santísima Trinidad, y elevarnos á ella como al verdadero y al único término de nuestro culto.

Un solo Dios en tres personas realmente distintas entre si, que no teniendo mas que una misma naturaleza, no tienen tampoco mas que la misma divinidad; cada una es Dios, y no hay mas que un solo Dios en estas tres personas divinas. El Hijo no es el Padre, no obstante que sea una misma cosa con el Padre. El Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo, aunque no sean los tres mas que un mismo Espíritu Santo, indivisible y simplicísimo. Aunque el Hijo sea tan poderoso como el Padre, y el Espíritu Santo tan poderoso y tan sabio como el Padre y el Hijo, todos tres juntos no tienen ni mas poder ni mas sabiduria que tiene uno solo en esta Trinidad adorable: la misma duracion, el mismo poder, la misma inmensidad. La primera persona engendra la segunda, sin que por esto tenga sobre ella ninguna ventaja, ni rango, ni antigüedad; la tercera procede de las otras dos, y sin embargo no es de menor edad que ellas. En el Padre es una perfeccion el engendrar; lo es en el Hijo el conspirar con el Padre á la procesion del Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo: estas dos perfecciones no se hallan en la tercera persona, y sin embargo no es menos perfecta que las otras dos; todo es igual aquí en perfecciones, en poder, en dignidad, en escelencia; todo aquí es incomprendible, y por lo mismo todo es indudable, puesto que si este Ser soberano y supremo, si este Ser increado, infinito, pudiese ser comprendido por un espíritu tan pequeño, tan limitado como el nuestro, no seria Dios. ¡Qué! este entendimiento tan pequeño, cuyos alcances son tan cortos que ignora las cosas mas comunes y que no puede comprenderse ni á sí mismo ni la menor de las obras del Criador, ¿podrá comprender el modo de ser de este Ser infinito, que se apura, por decirlo así, en conocerse á sí mismo? Este misterio es tanto mas creible, cuanto es mas incomprendible. Nosotros comenzamos verdaderamente á conocer alguna cosa de la grandeza de Dios, dice S. Agustin, cuando reconocemos que nos es imposible el comprender lo que es, y su manera de ser. Dios, dice en otra parte, me ha mandado creer este misterio incomprendible, pero no me ha permitido profundizarle; y esta verdad muestra la necesidad de la fe en la religion.

Un solo Dios en tres personas: tal es el sumario de nuestra fe, dice el mas célebre de los oradores cristianos; este es el fundamento de nuestra religion, el carácter de nuestra profesion, el mas augusto de nuestros misterios. En estas tres palabras, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, consiste todo el fondo y el tesoro de nuestra creencia. El Salvador del mundo ha constituido en ellas una parte esencial del primero de todos los sa-